

Baúl

Una batalla por Ojinaga

Pedro Siller Vázquez*

Aprendiendo a identificar tiempo, espacio, lugar y, por supuesto, hechos históricos con la ayuda de la fotografía en la temática de la Revolución mexicana, nos detenemos para observar una imagen la cual muestra a Pancho Villa cabalgando al frente de su Estado Mayor; se cree que se trata de una de las batallas más conocidas de la División del Norte, como la de Torreón o la de Zacatecas, sin embargo, la historia de esta fotografía, tal como muchas otras de la época, revela un hecho muy poco conocido dentro de lo que fue la gesta popular del año de 1910. En realidad se trata de una secuencia cinematográfica, de la cual se extrajeron algunas tomas que luego, a su vez, se convirtieron en cuadros para reproducirse como postales y pocos saben que fueron tomadas al final de la batalla de Ojinaga en enero de 1914, batalla que fue poco o nada conocida por el público; los vendedores de postales de la época entre los cuales podemos citar a los hermanos Casasola, decidieron nombrarle con otro título mayormente popular.

La batalla de Ojinaga fue no sólo el escenario de esta fotografía, también reunió otros hechos muy significativos para la historia: fue el escenario de la primera película sobre la Revolución mexicana, *La vida del general Pancho Villa*, una producción norteamericana con Villa como protagonista; fue la ocasión de la primera crónica en el campo de batalla de John Reed; fue la primera admisión masiva de mexicanos refugiados en los Estados Unidos y probablemente el primer campo de concentración en el mundo; el lugar mítico en

donde encontró la muerte el escritor norteamericano Ambrose Bierce, inmortalizado por Carlos Fuentes en su novela *Gringo Viejo*; y la contienda oficialmente más ignorada de la historia mexicana.

Para ubicarla, recordemos que Chihuahua fue el principal campo de combate contra el régimen de Victoriano Huerta entre marzo y noviembre de 1913, aunque algunas batallas famosas se dieron en Durango y en Torreón, donde prácticamente se inaugura la División del Norte. A principios de noviembre de 1913, Villa estaba a las puertas de la ciudad de Chihuahua defendida por las fuerzas federales y de sus aliados, los antiguos orozquistas, pero no pudo tomarla y aprovechando el paso de un tren de carbón, organizó una estrategia para subir a sus tropas y de manera sorpresiva tomar Ciudad Juárez. Al intentar recuperarla, los federales huertistas y orozquistas sufrieron una enorme derrota en las goteras de la ciudad, en la estación Tierra Blanca. Villa decide tomar Chihuahua y los federales, contra toda lógica, en vez de dirigirse a Torreón, huyen hacia Ojinaga.

Las fuerzas que salieron a Ojinaga padeciendo el frío de enero en el desierto fueron 2500 a las órdenes de Pascual Orozco y unos 3 mil regulares a las órdenes del general federal Mercado. En aquellos días sólo se había construido un tercio de la distancia y en su final, Mercado decidió quemar los once trenes con todo lo que no pudo llevar, y el general escribió en sus memorias: "Careciendo las tropas de provisiones, el hambre y



la sed las martirizaban horriblemente empujándolas a la idiotez [...] la huella de nuestro paso quedaba marcada por el gran número de animales que, no pudiendo más, se desplomaban temblorosos y agonizantes para no levantarse [...] con toda razón aquella columna fue bautizada con el dantesco nombre de la caravana de la muerte”.

Los primeros llegaron a la frontera el 5 de diciembre después de 7 días de marcha; John Reed describió al pueblo:

Las albas y polvorientas calles del pueblo rebosaban de suciedad u forraje; la vieja iglesia, sin ventanas, tenía tres enormes campanas españolas afuera, colgadas de una estaca; una nube azul de incienso escapaba por la ennegrecida puerta, donde las soldaduras rogaban por la victoria, día y noche, tumbadas bajo los rayos de un sol abrasador. Ojinaga había sido tomada y recuperada cinco veces. Apenas si alguna casa tenía techo y todas las paredes mostraban hendiduras de bala de cañón. En aquellas habitaciones vacías, estrechas, vivían

los soldados, sus mujeres, sus caballos, gallinas y cerdos robados en la campana circunvecina. Los fusiles hacinados en los rincones; las monturas, apiladas en el polvo; los soldados, harapientos; escasamente alguno poseía uniforme completo. En cuclillas, alrededor de pequeñas hogueras en las puertas, hervían elotes y carne seca. Casi se morían de hambre.

Para las autoridades norteamericanas fue fácil advertir el enorme problema que se les avecinaba. Porque la localidad vecina de Presidio, Texas, no era un puerto de entrada por lo que no había autoridades migratorias, así que fue necesario adaptarlo legalmente y enviar un equipo sanitario para atender a los recién llegados.

Presidio era una pequeña ciudad con 150 habitantes —125 de ellos México-americanos—, tenía 20 casas, una tienda de abarrotes, un restaurante con dos mesas y una farmacia junto a la agencia de correos. El viaje en automóvil a la estación de tren más cercana, Marfa, Texas, se hacía en cinco horas aproximadamente. El flujo de refugiados, militares, agentes secretos, perio-

distas y demás hizo rentable la apertura de la primera cantina en Presidio en el mes de diciembre de 1913.

El 31 de diciembre se informaba al Departamento de Guerra que muchos soldados federales e irregulares, vestidos de civil, cruzaban el río de uno a otro sentido cada día sin que fuera posible frenar ese flujo. Ninguno de ellos pedía asilo político, simplemente cruzaban y cuando se les pedía que abandonaran territorio norteamericano lo hacían sin protestar.

La tarde del 31 de diciembre los constitucionalistas, unos 3 mil soldados, iniciaron el ataque a Ojinaga. Antes del anochecer se escucharon los cañones de uno y otro bando y eso duró toda la noche. Al día siguiente, los villistas tenían completamente cercada la ciudad y algunas granadas comenzaron a caer del lado norteamericano —sin causar ningún daño—, por lo que se advirtió al general Ortega que eso podría traerle graves consecuencias. Al continuar el ataque el 1 de enero, alrededor de mil personas —sobre todo mujeres y niños— cruzaron hacia el lado norteamericano, a Presidio, en espera del resultado de la batalla.

El ataque duró hasta el 4 de enero de 1914 cuando los villistas se retiraron, con bajas considerables y fueron perseguidos un trecho por la caballería oroquistita. Entre el 4 y el 10 se vivió una tensa calma, rota a veces por esporádicos encuentros, durante la cual la casi totalidad de los refugiados de Presidio regresaron a Ojinaga.

Al saber de las sucesivas derrotas, Villa decidió dirigir personalmente el combate. A las cuatro de la tarde del 10 de enero, sufriendo fuerte helada y vientos que lastimaban a la tropa, el general Villa citó a sus jefes y les habló del deber... al día siguiente les pasó revista... Todo duró una hora cinco minutos. De los 10 generales federales que salieron de Chihuahua, ninguno presenció el final del combate. Charles Pryor, quien se encontraba filmando las escenas de guerra en Ojinaga, recordó que antes de que comenzara el tiroteo, Mercado ya estaba dispuesto a huir a los Estados Unidos.

Lo que vieron los norteamericanos fue una avalancha de refugiados, los doce inspectores de migración al principio intentaron controlarlos, el inspector de migración estadounidense George Harris escribió en su informe:

...no tuvimos mucho tiempo para disfrutar de los "fuegos artificiales" y pronto fuimos reforzados por la llegada de tropas de caballería que pronto se colocaron como abanico en la zona rodeando a los federales [mexicanos] que escapaban. Una vez controlado el flujo bajo la dirección de nuestros soldados, se formó una columna que se convirtió en una

más o menos ordenada procesión hacia el campo militar, distante unas dos millas. A lo largo de esta columna marchaban unas quinientas desoladas almas, caballería, infantería, artillería, hombres, mujeres, niños, caballos, burros, carretas, perros, gatos y pollos...era un espectáculo patético más allá de la palabra, había una solemne quietud bajo la luz de la luna, no se escuchaba ni una sola voz en la columna, el silencio era roto solamente por el chocar de las armas, de hombres y caballos arrastrándose sobre la arena, el llanto ocasional de un niño envuelto en una cobija o colgando del pecho de su madre.

Al final de la batalla, Villa se retiró con sus tropas a Chihuahua y fue entonces, en las afueras de Ojinaga, cuando los camarógrafos de la Mutual Films, la encargada de filmar la cinta sobre su vida, hicieron la célebre toma cinematográfica, tan popular en la iconografía villista.

El 16 de enero de 1914 a las 7:15 de la mañana, los prisioneros mexicanos iniciaron el viaje de 100 kilómetros a pie de Presidio a Marfa escoltados por soldados de caballería del ejército norteamericano. Hasta ese momento se contaban 513 oficiales del ejército, 3 mil 212 soldados, 1,081 mujeres y 544 niños casi todos bebés de brazos. El viaje no fue nada confortable pues el camino rápidamente se llenó de hoyos además que la nieve dejaba enormes charcos de agua helada. La marcha duró cuatro días: el primero recorrieron 24 millas, el segundo 19, el tercero 14 y el cuarto unas 13 millas, y en cuanto llegaron a Marfa fueron encerrados en un campo de concentración, un corral rodeado de alambre de púas. Al día siguiente, el 20 de enero, fueron enviados en tren a Fort Bliss.

Años después, cuando se buscaban rastros de la muerte de Bierce, un campesino afirmó haber encontrado un moribundo en el lado norteamericano del río Bravo quien murmuró: "*I am Ambrose...*" pero murió y temiendo represalias, su cuerpo fue abandonado.

En los archivos mexicanos de la Secretaría de Relaciones Exteriores no existe registro de todo este suceso.

*Docente-investigador de la UACJ.